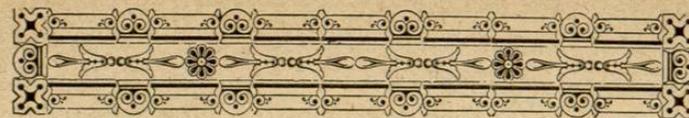


otros ramos de literatura) como el Duque de Rivas, Bretón de los Herreros, Gil y Zárate, Rodríguez Rubí, Zorrilla y Navarro Villoslada, aparte de los conocidos ya como inteligentes en la materia. El conjunto de *Los españoles pintados por sí mismos* es desigual, confuso y abigarrado, efecto de la prodigiosa variedad en los tipos y los retratos de los que pocos traspasan los límites de la medianía, á no ser que se les considere como documentos de historia. En el éxito de esta colección ¹ influyeron, no sólo lo ilustre de las firmas, sino también los ardidés editoriales.

No dió muchas más señales de vida el género de costumbres en su antigua forma, hasta que reapareció adoptando otras nuevas y variadas. Como todo lo que se vulgariza y extrema, degeneró en monomanía iliteraria, ocupación de ociosos é ignorantes, y plaga temible que llegó á inundar todas las publicaciones. Poco perdonará el olvido entre aquel fárrago indigesto é interminable; pero, considerando las cosas á buena luz, no sería difícil ver en el espíritu reflexivo y de observación que de aquí nació uno de los medios que más coadyuvaron á enfrenar los excesos de la desordenada fantasía, escollo principal del romanticismo, trayendo como por la mano la provechosa reacción, cuya necesidad se dejaba sentir universalmente.

¹ El editor Boix la publicó por vez primera (Madrid, 1843), incluyéndola más tarde Gaspar y Roig en su Biblioteca. Esta obra produjo varias similares: *Los cubanos pintados por sí mismos* (Habana, 1852), *Los valencianos pintados por sí mismos* (Valencia, 1859), *Las españolas pintadas por los españoles*, *Los españoles de hogaño*, etc.



CAPÍTULO XVIII

EL ROMANTICISMO EN LA NOVELA

Datos preliminares.—Primeras traducciones é imitaciones de Walter Scott.—López Soler, Vayo, Larra, Espronceda, Villalta, Escosura, E. Calderón, Martínez de la Rosa, Enrique Gil, etc.

NADA más desmedrado y estérilmente fecundo que la novela española en las tres primeras décadas del siglo actual, alimentada exclusivamente por el sentimentalismo lacrimoso y las moralidades soporíferas. Richardson, J.-J. Rousseau y Marmontel ¹ formaban parte principalísima del repertorio en boga; tenía su numerosa turba de admiradores el caballero Florián, refundidor ignaro de Cervantes, y de quien se tradujeron las mal llamadas historias españolas y portuguesas ²; alcanzaban la misma suerte, aunque harto más merecida, la *Atala*, *René*, *Las aventuras del último abencerraje* y *Los Natchez*, de Chateau-

¹ De *Clara Harlowe* se hizo una reimpresión en nueve tomos (Madrid, 1829); se acercan á media docena las de *Julia ó la nueva Heloísa*, sumadas las dos versiones de Marchena y D. José Mor de Fuentes; del *Belisario* hay una anónima (Burdeos, 1820), descontando las del siglo XVIII.

² *Gonzalo de Córdoba ó la conquista de Granada*, escrita por el caballero Florián. Publicala en español D. Juan López de Peñalver. Tercera edición. Madrid, 1826.

briand ¹; cundían profusamente los ejemplares de *Pablo y Virginia* ², alternando con las truculentas visiones de Ana Radcliffe ³; en suma: quedó al alcance de todas las aficiones y fortunas cuanto de bueno y malo producían en esta parte Francia é Inglaterra.

La actividad incomparable de D. Pedro María Olive, no agotada aún con el sostenimiento de tres publicaciones periódicas, se manifestó en una *Biblioteca universal de novelas, cuentos é historias* (1816-1819), en la que se incluye un arreglo de *Corina ó la Italia*, de Mad. Staël. Entretanto, apenas se divisa un solo libro de entretenimiento (como decían entonces) escrito originalmente en castellano, como no sea la *Serafina*, de Mor de Fuentes, ú otros del mismo paño.

Con las novelas traducidas de Mad. Cottin (*Matilde ó las Cruzadas* ⁴, *Malvina* ⁵, *Amalia Mansfield* ⁶, etc.) y Mad. Genlis, (*La Princesa de Clermont* ⁷, *El sitio de la Rochela* ⁸, *Alfonso ó el hijo natural* ⁹, *Veladas de la quinta* ¹⁰), entramos en el terreno de la novela histórica, creada ya para entonces por el inmortal Walter Scott

¹ *Atala ó los amores de dos salvajes en el desierto* (traducción de S. Robinsón). París, 1801. Segunda edición, Valencia, 1803; tercera edición, Valencia, 1813; con otras cuatro posteriores hechas en Valencia y Madrid.—*René*, novela americana; *Celuta*, novela americana, sacada de *Los Natchez*, por Chateaubriand. Barcelona, 1832. D. Mariano José Sicilia, tan conocido como tratadista de métrica castellana, publicó una refundición de *Los Natchez*. (París, 1830.)

² Valencia, 1816. La mejor y más conocida traducción es la del abate D. José Miguel de Alea.

³ *El castillo de Nebelstein*, *El confesonario de los penitentes negros*, *Las visiones del castillo de los Pirineos*, etc.

⁴ *Matilde ó memorias sacadas de la historia de las Cruzadas*, escrita en francés por Mad. Cottin. Traducidas en castellano por D. M. B. García Suelto. Madrid, 1821. Hay muchas ediciones posteriores.

⁵ Valencia, 1833.

⁶ Valencia, 1835.

⁷ Barcelona, 1835.

⁸ Barcelona, 1838.

⁹ Valencia, 1832.

¹⁰ Esta obra corría traducida desde los primeros años del siglo XIX, y se reimprimió después varias veces.

Nadie antes de él había interrogado á las ruinas conservadas por el tiempo, ni á la tradición oral, con aquella magia adivinadora, para la que nada hay oculto y que convierte lo pasado en realidad viva y elocuente. Por eso Inglaterra palpité de júbilo como un solo hombre ante las peregrinas ficciones del novelista, y Francia le admiraba por boca de Agustín Thierry con la célebre frase: *C'est mieux que de l'histoire*; de ahí su resonancia europea y su mérito excepcional; de ahí que con su genio avasallase á los países cultos, recorriéndolos todos con sus obras y arrastrando en su séquito innumerables imitadores.

Entre nosotros no tardaron mucho en ser traducidas ¹; pero por lo común detestablemente y de segunda mano, habiéndose valido de las versiones hechas en francés una turba de mercachifles sin conciencia, atentos al interés privado y no al decoro nacional. Tal plaga de galicismos intolerables, tal y tan ruda impericia en el arte de escribir, tales muestras de precipitación y descuido se ven en el estilo y lenguaje de es-

¹ En Abril de 1831 comenzó á publicar el editor madrileño Jordán la *Nueva colección de novelas de diversos autores, traducidas al castellano por una Sociedad de literatos*. Desde el tomo V se varía el título anterior por el de *Nueva colección de novelas de Sir Walter Scott...*, etc. Consta de 19 tomos, y terminó en Enero de 1832, conteniendo: *Woodstock ó el caballero*, *El pirata*, *Las cárceles de Edimburgo*, *Ivanhoe* y *El anticuario*. Aunque no tanta como Walter Scott, lograron mucha fortuna los novelistas históricos de otras naciones, sin contar los franceses, de que hablaré adelante. De Fenimore Cooper hay traducciones impresas en 1832; de Bullwer abundan más, contándose entre ellas dos tan esmeradas como la de *Rienzi ó el último tribuno* y *Los últimos días de Pompeya*, debidas respectivamente á Ferrer del Rio y Núñez Arenas. Las más conocidas de *Los novios* son tres: una, la peor, de Enciso y Castrillón, y las dos restantes de Gabino Tejado y D. Juan Nicasio Gallego. Hasta los novelistas de segundo y tercer orden, como Grossi, Azeglio y Cantú encontraron numerosos intérpretes. El santanderino D. Telesforo de Trueba y Cosío, emigrado desde 1823 á Inglaterra, donde compuso varias y muy apreciadas obras del género de Walter Scott, fué conocido en la Península desde que se imprimió en Madrid. (1831) su novela *Gómez Arias ó los moriscos de las Alpujarras*, puesta en castellano por D. Mariano Torrente.

tas traducciones, que sólo sufren comparación con los primores del fondo, visibles aun en medio de tanto desaseo. Si hay excepciones honrosas, que las hay, deben buscarse en las novelas traídas directamente del inglés, porque entre las demás muy pocas llegan á una medianía tolerable. A pesar de todo, la boga de Walter Scott en España fué inmensa y sus obras universalmente leídas; excitándose con ellas un febril deseo de imitación, tanto más extraño cuanto mayor era entonces el desbarajuste moral, la lucha de las ideas políticas y el abandono de la amena literatura. El gusto por la novela histórica rayó en delirio, y, aunque entre todas las impresas en España durante aquel período apenas se halla una comparable con las del modelo, contribuyó quizá á resucitar muchas de nuestras olvidadas tradiciones y á introducirlas en la poesía, sustituyendo con ventaja al repertorio amanerado y pobrísimo de que hasta entonces pudieron disponer los discípulos de Meléndez y Quintana.

Ya en 1818 comenzó á salir de las prensas de Cabrerizo, en Valencia, una *Colección de novelas* en la que, junto á algunas de Mad. Genlis, Mad. Cottin, Chateaubriand, Rodolphe y Arlincourt, se encuentran otras de autores españoles como *El hombre invisible ó las ruinas de Munsterhall*, *El panteón de Scianella ó la urna sangrienta*, *Los blancos y los negros ó guerras civiles de güelfos y gibelinos*, *Federico ó el homicida aparente* y *Marcilla y Segura ó los amantes de Teruel*. Esta última, impresa en 1838, es original de D. Isidoro Villarroya, y las dos primeras del Padre Escolapio Pascual Pérez, compañero y amigo inseparable de Arolas, y que ya antes había publicado sueltas *La torre gótica* (1831) y *La amnistia Cristina ó el solitario del Pirineo* (1833). Lo que Cabrerizo en Valencia, hacía en Barcelona el conocido filólogo y literato D. Antonio Bergnes de las Casas con su *Biblioteca selecta, portátil y económica* (1831-1833), que después se llamó *Bi-*

blioteca de damas (1833-1834). Local y cronológicamente, empalma con ella la del editor barcelonés J. Oliva (1836-1846), en la cual predominan los novelistas franceses. Más alta significación que las precedentes alcanza por numerosos conceptos la *Colección de novelas históricas originales españolas*, publicada en Madrid por Repullés (1833-1834), y que honraron con sus nombres Villalta, Escosura, Larra y Espronceda.

Corresponde la prioridad cronológica entre los imitadores decididos de Walter Scott en España á don Ramón López Soler, que en *Los bandos de Castilla ó el caballero del Cisne*¹ remeda y á trechos copia al modelo, bien que «procurando dar á su narración y á su diálogo aquella vehemencia de que comúnmente carece por acomodarse al carácter grave y flemático de los pueblos para quienes escribe». Estas frases del prólogo valen por un programa, y aun es más curiosa, sin ser cándida, la siguiente descripción del romanticismo: «Libre, impetuosa, salvaje, por decirlo así, tan admirable en el osado vuelo de sus inspiraciones como sorprendente en sus sublimes descarríos, puédesse afirmar que la literatura romántica es el intérprete de aquellas pasiones vagas é indefinibles que, dando al hombre un sombrío carácter, lo impelen hacia la soledad, donde busca en el bramido del mar y en el silbido de los vientos las imágenes de sus recónditos pesares. Así, pulsando una lira de ébano, orlada la frente de fúnebre ciprés, se ha presentado al mundo esta musa solitaria, que tanto se complace en pintar las tempestades del universo y las del corazón humano; así, cautivando con mágico prestigio la fantasía de sus oyentes, inspira el fervoroso deseo de la venganza, ó enternéceles melancólica con el emponzoñado recuerdo de las pasadas delicias. En medio de horroroso-

¹ Valencia, 1830. Tres tomos en 32.º Colección de novelas de Cabrerizo.

sos huracanes, de noches en las que apenas se trasluce una luna amarillenta, reclinada al pie de los sepulcros ó errando bajo los arcos de antiguos alcázares y monasterios, suele elevar su peregrino canto, semejante á aquellas aves desconocidas que sólo atraviesan los aires cuando parece anunciar el desorden de los elementos, la cólera del Altísimo ó la destrucción del universo.» La prosa lírica de este fragmento es semejante á la que estilan los personajes en las situaciones apuradas. Como la época descrita es la de D. Juan II de Castilla, abundan los hechos de armas, los odios inexpiables, las galanterías amorosas y toda suerte de recuerdos trovadorescos, monásticos y feudales.

López Soler, que había colaborado en *El Europeo*, que era amigo y cliente del Duque de Frías, conocedor de Byron y Tomás Moore, y algo poeta asimismo, perseveró escribiendo novelas con el pseudónimo de *D. Gregorio Pérez de Miranda*¹, que reza en las portadas de *Kar-Osmán*, *Jaime el Barbudo* (Biblioteca de Bergnes), *El primogénito de Alburquerque* y *La catedral de Sevilla* (Colección de Repullés).

Por este tiempo publicó el historiador de Fernando VII, D. Estanislao de Cosca y Vayo, la relación histórica *Grecia ó la doncella de Misolonghi*², á la que siguieron *La conquista de Valencia por el Cid*³, *Aventuras de un elegante ó las costumbres de hogaño*⁴, *Los expatriados ó Zulema y Gazul*⁵ y *Juana y Enrique, Reyes de Castilla*. Se distinguió Cosca y Vayo por cierta pureza de estilo y de lenguaje que disimulan sus deficiencias como novelista.

¹ Debo esta noticia al Sr. Menéndez Pelayo, que la recibió del mismo Bergnes.

² Valencia, 1830.

³ Valencia, 1831. Obtuvo los elogios de D. Serafín E. de Calderón en las *Cartas Españolas*.

⁴ Valencia, 1832.

⁵ Madrid, 1834.

*El doncel de D. Enrique el Doliente*¹, novela escrita por D. Mariano José de Larra en el período de su mayor fama y sus más crueles angustias, es de lo mejor que se publicó en la Colección de Repullés. El modelo de Larra no fué Walter Scott, á lo menos exclusivamente; antes parece haber dado la preferencia á Dumas y á otros autores franceses aficionados á las grandes catástrofes de la historia y á los dramas íntimos del alma, y para eso buscó un asunto en que desbordase la pasión y chocaran violentamente los afectos y los intereses, sin detenerse ante la apología franca del pecado. Condiciones psicológicas bien extrañas le hicieron mirar con predilección y simpatía las aventuras de aquel infortunado trovador, héroe de las leyendas populares y encarnación de los amores imposibles, de aquel Macías á quien consagró un drama además de la presente novela, y en el que creyó hallar una imagen de sí mismo, de sus luchas, desvaríos y contradicciones.

Hay en la novela mucho más calor y nervio que en el drama; y si bien en los principios es desatada y monótona la narración, va subiendo de tono progresivamente hasta la altura de lo patético. Los que la califican de lánguida sin distinciones ni atenuantes, ó no la han saludado, ó no son capaces de avalorar aquel fraseo tan natural, tan conciso y desafectado con que se comunican sus sentimientos los dos amantes; la insistencia de Macías, el desmayo, los paliativos y el rendirse á discreción de Elvira al apartarse abiertamente de su deber. Todo esto debe censurarse en el terreno de la moral y, si se quiere, en el de la literatura; pero ¿cómo llamar languidez á lo que es frenesí de la pasión? Que ésta resulte siempre jus-

¹ Madrid, 1834. Además de haberse incluido generalmente entre las *Obras completas de Figaro*, hay de ella reimpressiones aparte, y una de lujo é ilustrada. (Madrid, 1852-54.)

tificada, irresistible y triunfante, es efecto de las mañas y tortuosidades en que va envuelta como en un velo impenetrable; pero el mismo prevenir y fascinar el juicio indica bien lo extremo y apremiante del peligro que sirve para disculpar la caída. Y en efecto; los amores de Macías y Elvira, y los obstáculos que se les oponen, están pintados con grandísima viveza de colorido, y parece imposible hacer más antipático y repugnante el cumplimiento de una obligación, aunque tan imperiosa y transcendental. La generosidad, la apostura y las nobles prendas del doncel; el fascinador idealismo que envuelve la figura de Elvira; el empeño de uno y otra en vengar á la inocente Condesa de Villena, á quien había hecho desaparecer de la corte su propio marido; la misma desgracia que persigue á los dos amantes, bastarían quizá para desarrugar el ceño de un censor poco escrupuloso.

La resistencia que Elvira opone á las declaraciones del doncel no es meramente pasiva, sino que se funda en una sincera voluntad del bien; pero las maquinaciones de D. Enrique y de sus parciales logran explotar para el logro de bastardos propósitos la recíproca pasión de Macías y de la infortunada joven, aproximándose los destinos de entrambos por obra de cierto fatalismo que resalta en toda la narración, gracias á la pérfida habilidad del novelista. Por otra parte, ni Fernán Pérez de Vellido, ni D. Enrique de Villena, son monstruos ávidos de derramar la sangre de sus víctimas, sino más bien, y respectivamente, un marido á quien devoran los celos, y un ambicioso que quiere ahorrar crímenes. Si á esto se añade que la simpatía despertada en el lector por la Condesa toca también á sus defensores, es decir, á los héroes del consabido drama amoroso, y que la falta cometida por ellos no descende á la grosera realidad del adulterio, ya se comprenderá que Larra empleó los más poderosos recursos del arte y del sentimiento para salir airoso del

problema que tan desatinadamente trataba de involucrar.

El interés que se funda en lo determinado y vehemente de los caracteres palpita en todas las páginas de la novela; la complicación y aceleramiento de los incidentes, que no es cualidad indispensable, pero tampoco para despreciada, no desaparece nunca desde que comienza á despuntar. No se descubre en esto al discípulo de Walter Scott, pero tampoco se sustrajo Larra á su influencia, que es harto visible en las descripciones intercaladas en *El doncel* y en los conocimientos indumentarios, de guerra y de lenguaje con que demuestra sus conatos de fidelidad histórica. No quiero decir que sea la obra una de esas reproducciones felicísimas, inconfundibles y al por menor, de épocas determinadas, reproducciones en que no tiene rival el novelista escocés, sino sólo que no están tan barajados los caracteres y las costumbres como en Alejandro Dumas y sus secuaces. Quizá la fisonomía moral de Macías y Elvira no encuadra bien en su siglo, perdiendo con la rudeza una buena parte de su vigor; quizá, y sin quizá, el D. Enrique de Villena que finge el novelista se aparta del personaje real celebrado por la historia y por la tradición, haciendo el papel de malvado sin merecerlo; pero con todos esos reparos subsiste en el novelista el propósito de no fijar en el aire su relación y de acomodarla á los datos de la historia ⁴.

Sin darse cuenta de ello obedeció Larra á muy encontrados impulsos, no todos procedentes del arte y sus diversas teorías, y de aquí cierto eclecticismo de que no saca gran partido, pero que pudiera ser fecundo á no ir enlazado con substanciales defectos. No es extraño que el infelicísimo autor, al describir escenas

⁴ Las aspiraciones al maestrazgo de Calatrava y el divorcio de D. Enrique de Villena y doña María de Albornoz, son hechos rigurosamente exactos.

y lugares, se acordase tanto de sí mismo, haciendo reflejar á sus personajes lo que con tanta vehemencia sentía, ni que su novela, sin dejar de serlo, fuese al mismo tiempo una confesión íntima y dolorosa, conservando, entre otros, el interés autobiográfico. Si los reyes de la sátira, desde Aristófanes y Luciano hasta Swift y Voltaire, han ignorado por lo común el poder del sentimiento, *Figaro* merece contarse entre las excepciones de la regla, á lo menos por esta obra, ya que tan áridas é infelices hayan sido todas sus tentativas de poeta lírico y dramático.

No poseyó Espronceda grandes alientos de novelista, y así resulta tan pobre el *Sancho Saldaña*¹ con todas las incorrecciones que se notan en *El doncel de D. Enrique el Doliente*, y sin sus buenas prendas y espontáneos arranques. El temperamento ardiente é indisciplinado de Espronceda, tan maravillosamente apto para la vehemencia de la poesía lírica, no pudo atemperarse á la severidad de la novela, y con todo su empeño apenas si logró salvar una de las muchas dificultades que hubieron de ofrecérsele. Por lo común, los editores de sus obras han excluído ésta de la colección como indigna de figurar al lado de sus versos, y hasta el público la ha mirado con desdén á despecho del nombre de su autor, conservándose de ella solamente una ó dos canciones que nada pierden separadas del conjunto. Este se enlaza con el destronamiento de don Alfonso X por la rebelión de Sancho el Bravo, entre cuyos defensores se encuentra el protagonista. El conflicto que obliga á Leonor de Iscar á optar entre el desposorio con el aborrecible Sancho Saldaña y la muerte de su propio hermano, la delirante pasión de Zoraida la mora, y algo también de lo que hacen y dicen

¹ *Sancho Saldaña ó el castellano de Cuéllar, novela histórica original del siglo XIII.* Madrid, 1834.

Nuño, Usdrobal y el Velludo, animan con colores trágicos la última parte de la novela.

Al año siguiente que la de Espronceda salió á luz otra de su íntimo amigo y compañero D. José García Villalta¹, muy conocedor de la lengua castellana y no menos de la inglesa; pero el distinguido intérprete de Shakspeare tenía más de hombre paciente y erudito que de escritor y novelista. *El golpe en vago*, cuya acción se supone en España y en el siglo XVIII, como lo indica el título, forma un panorama no muy harmónico de escenas vulgares, sazoadas por el chiste volteriano y de horrores que atacan á la imaginación y á los nervios. El Pedro Facundo de Santisteban, jefe de los *alquimistas*, que en unión con la falsa *Marquesa de E.* trata de impedir el matrimonio de dos jóvenes apelando á los medios más criminales, debió de ser, en la intención del autor, la caricatura de un jesuíta.

Por este tiempo comenzaba á figurar en la nutrida falange de los imitadores de Walter Scott el infatigable buscarruidos D. Patricio de la Escosura, que, desde la adolescencia hasta los últimos alientos de la vejez, manifestó en el campo de la novela la misma abundancia prolífica que en los demás de la literatura. Todo lo invadió con su impaciente laboriosidad, sin sobresalir en nada, ni siquiera como novelista, para lo que no le faltaban disposiciones notables. Joven aún, y mientras tomaba parte activa en las asonadas populares, y concebía leyendas y dramas, dió á luz sus dos primeras novelas de carácter histórico, dignas sólo de mención á título de ensayos. Falta en la primera² la viveza de colorido á que se prestaba la pintura de la minori-

¹ *El golpe en vago. Cuento de la décimo octava centuria.* Madrid, 1835.

² *El Conde de Candespina, novela histórica original por D. Patricio de la Escosura, Alférez del escuadrón de Artillería de la Guardia Real.* Madrid, 1832.